

"ARBOL VIEJO" ADAPTACION CINEMATOGRAFICA DE LA OBRA DE TEATRO DE ACEVEDO HERNANDEZ, DEL MISMO NOMBRE. "ACONCAGUA FILM", PRODUCTOR. —DIRECTOR ISIDORO NAVARRO

DENTRO de un ambiente amable he visto la première de esta película chilena en el Teatro Cervantes. En total, me ha parecido una página bíblica, edificante, noble, en que se exalta la bondad de un hombre de nuestros campos. A pesar de las observaciones que haremos más adelante a esta cinta, no podría nadie negar que deja en el ánimo de quien la ve, una buena impresión, sobre todo en cuanto al asunto y en cuanto a la interpretación del papel protagonista, y una mediana impresión en cuanto a detalles y a película propiamente tal.

Albert Brissol, al referirse al cine francés, a la producción actual, y viniendo a escribir sobre la labor que hace Marcel Pagnol, en cine, sobre todo de sus obras, dice que Pagnol, el autor de "Topaze", continúa en cine haciendo teatro. Es decir, que la técnica de sus películas, su modalidad, su estilo, su campo de acción sigue siendo teatro. Todo lo anterior, en cuanto se refiere al cine francés, no tiene nada de extraño, porque si se examina atentamente la producción francesa del último tiempo, antes que se dispare el primer cañonazo de la guerra, hemos visto que hay películas francesas que son comedias, de limitado campo de acción china, de limitado espacio en cuanto a visiones, porque parece ser que los franceses siguen tomando muy en cuenta en cine las tres unidades clásicas griegas: acción, tiempo y lugar. Pero así y todo, se han producido cosas interesantes, si no apasionantes, poco espectaculares, pero aguilatadas por interpretaciones de gente disciplinada, de percepción, psicológica penetrante.

Para mí, "Arbol viejo", en cine, sigue siendo teatro fotografiado, de cierta discreta calidad. El operador se molesta poco; la lente ojea estrecho horizonte, el actor no viaja, se mueve apenas, y gran parte de la acción se desarrolla en no más de doscientos metros de tierra.

El asunto mismo de la obra no permite, a mi juicio, rapidez de acción, por cuyo motivo todo se mueve allí dentro con lentitud, apoyándose el director, en escenas determinadas, mayor tiempo del que es menester. Todo se reduce a que veamos al viejo protagonista perfilar su tipo físico y su tipo psicológico. Para el intérprete, enamorado de su papel, todo esto es gratísimo, y lo es tanto más cuanto que ese intérprete, que es el actor chileno Enrique Barrenechea, encuentra ancho campo de acción, a trueque de la mezquindad total de este campo en la cinta, para lucimiento de rostros distintos, o de un mismo rostro en diversas fases de las escenas. Barrenechea ha conseguido lo que se proponía, y ha logrado una labor homogénea, de suma serenidad, y en ocasiones de mucha eficiencia.

Barrenechea revela en esta cinta, antes que nada, que se conoce bien, que sabe con certeza hasta dónde llegan sus medios, sus condiciones, y en qué

forma ocultar su escasez de figura y en qué forma hacer lucir su sensibilidad y sus naturales condiciones físicas. Todo lo ha conseguido con gran habilidad y con gran malicia de hombre de teatro. Pero, para mí, el inconveniente de esta labor es que rebalsa, cinematográficamente hablando, la medida, que en cine, aun más que en teatro, debe siempre tomarse en cuenta. Hay veces, cuando la lente enfoca al actor, para permanecer sobre su rostro algunos segundos, siento la neta y precisa impresión que el actor nos dice "aquí estoy yo, vean qué bien exteriorizo mi sentimiento y qué bien me veo en fotografías." En efecto, se ve bien, se ve muy bien, pero se ve a manera premeditada, y esto ofende nuestro gusto, nuestra sensibilidad. Es una excelente interpretación, pero que nos dice a veces, a gritos, que es excelente. No hay en ella esa gracia del olvido de sí mismo, esa despreocupación ondulante que nos revela suprema elegancia, ese tic imperceptible y fugaz de un cómico ante la máquina operadora, que nos diga de desinterés ante el éxito personal, y que está muy lejos de querer especular con una situación o con un rostro de "tipo" que va bien a sus dotes físicos que le dió naturaleza, sino que siempre está pensando, con avaricia judaica, de captar nuestra admiración y en dominarnos para el tácito aplauso en la sala a oscuras.

Debo aplicarle yo a Barrenechea, cuya labor me ha interesado siempre, no la gaceta o la crónica volandera que llena determinado espacio de periódico, sino el análisis que por todos nuestros modestos medios procure acercarse a la certeza crítica y a la veracidad de cómo reaccionó nuestro espíritu de profesional ante una labor que él ha hecho con pasión artística.

A mi juicio, la mejor calidad que tiene "Arbol viejo" es la homogeneidad de actuación de todos sus intérpretes, con pocas diferencias, según la calidad del material a interpretar que se les daba. Eglantina Sour, por su voz, su tranquilidad, por su ad-

mirable naturalidad, está en justicia al lado de Barrenechea. Le seguiría Gerardo Grez, que en el tipo que se ha hecho cuando vuelve como hijo pródigo, está en forma muy cabal y muy digna de elogio porque acusa sensibilidad y calidad fotogénica. Y así, en grado más bajo, pero en ningún momento desdeñable: Onetto, la Ferrer, la Saavedra, Martínez Quevedo, la Botto y Vargas.

En Chile se hacen malas películas y malas son las que se usan en esta cinta. Se las conoce a la legua. En teatro, ya este defecto es grave. En cine, me parece insufrible.

La fotografía en general es mala, borrosa.

En algunos momentos del refutado de Barrenechea, su viejo habla demasiado bien, es algo redicho, pierde el carácter del hueso chileno. Así también oí a la Ferrer en algunos momentos de su papel, en que no se individualizaba la campesina, sino una señorita de ciudad. Pero su tipo es interesante y en ocasiones sugerente. Se piensa, al ver cómo se presenta la situación de esta mujer, que es ella la que va a determinar el nudo más fuerte de la intriga. Pero la intriga se deshace, porque, como le dice el presunto amante (Vargas): "¿I cambió de opinión y se hizo bueno al oír al anciano." Qué lástima que las cosas pasasen así, porque en esa intriga, aunque vulgar, habría habido motivo para que la película hubiese adquirido más movimiento, más aire, más espacio, más honra de pasión, más calidad de espectáculo cinesco.

Esta lentitud, estas caídas de gusto, estos detalles que restan perfección a una labor, en el sentido relativo de la palabra, pasan en Chile, porque no tienen jamás los directores un asesor que sea hombre de gusto, que represente al público que sabe; un asesor de práctica, un hombre que tenga vista amplia y sepa abarcar los totales de una composición, el ojo clínico y seguro para el diagnóstico de última hora. No le olvidéis, señores productores!